

Prólogo

*Fayetteville, Carolina del Norte.
23 de diciembre de 2011.*

El chico tras la barra la miró.

—Este carné es falso.

—¿Y eso quién lo dice? —le espetó Cassie.

—Lo digo yo. Créeme, he visto muchos y este es, con diferencia, de los más chapuceros.

Cassie gimió. Apoyó los codos en la barra y se pasó las manos por la cara.

—Mira, solo quiero una cerveza. No, necesito una cerveza. ¿No podrías pasar por alto el pequeño detalle del carné y ponerme una? He tenido un día de mierda.

El chico sonrió sin dejar de observarla y se inclinó hacia delante. Los músculos de sus brazos se marcaron a través de la ropa y Cassie no pudo evitar fijarse en él. Era guapo, con el cabello negro y unos ojos igual de oscuros. Su piel bronceada resaltaba contra el blanco de su camiseta de Guns N' Roses. Era muy atractivo y parecía simpático, por lo que el fallo debía de estar en otra parte menos visible. En el fondo, seguro que era un capullo, como todos.

—Cuéntame tu día de mierda.

—¿Qué? —inquirió Cassie, entornando los ojos con desconfianza.

—¿Quieres esa cerveza? Convénceme de que merece la pena que me juegue mi empleo por servirle alcohol a una menor. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Eso no es asunto tuyo. Ni tampoco mis problemas.

Cassie le quitó su carné falso de las manos y se bajó del taburete. Sin mirar atrás, se encaminó a la salida, maldiciendo por lo asquerosa que era su vida y lo asquerosas que iban a ser esas Navidades.

—¡Eh!

Oyó que el camarero la llamaba, pero no estaba de humor para aguantar tonterías de nadie; por muy bueno que estuviera. No ese día. Alzó la mano y le enseñó el dedo corazón, con un «que te jodan» a modo de despedida.

No tardó en encontrar otro antro, bastante más cutre que el anterior y con un camarero más interesado en hacer caja que en meterse en un lío por permitir la entrada a una menor. No iba a ser ella quien se quejara.

El bar estaba hasta arriba de militares. La base de Fort Bragg se encontraba muy cerca de allí y ver soldados en todas partes era lo habitual. No tardó en entablar conversación con un par de ellos. Eran simpáticos y parecían inofensivos, por lo que dejó que la invitaran a tomar algo.

Horas después, Cassie intentó enfocar su mirada turbia en la pantalla de su teléfono móvil. Dios, eran las dos de la mañana. ¿Cómo demonios se había hecho tan tarde? Tenía diez llamadas perdidas de su padre y varios mensajes de voz. Seguro que estaba cabreado; y a ella, lejos de importarle.

—Chicos, tengo que ir al baño —anunció.

—¿Necesitas que te acompañe? —le propuso uno de los soldados. Su mirada caliente la recorrió de arriba abajo.

Cassie arrugó la nariz con un gesto coqueto.

—Gracias. Prefiero que te quedes ahí sentadito como un buen chico.

Él no dijo nada y se limitó a sonreír, sacudiendo la cabeza.

Cassie se puso de pie. Después, con paso torpe, se dirigió a los servicios. Empujó la puerta y lo que vio la hizo vacilar. Estaban asquerosos. Apretó las piernas con fuerza, pero cualquier reserva que pudiera tener desapareció bajo la apremiante necesidad de deshacerse de todo el líquido sobrante de su cuerpo.

—Mierda —masculló al comprobar que todas las puertas estaban rotas, y mejor no hablar de los retretes. Hacer pis sin tocar nada se convirtió en todo un reto de concentración y equilibrio.

Mientras se lavaba las manos, observó su rostro en el espejo. Tenía un aspecto horrible y notaba su estómago en sintonía. Dios, estaba tan pedo que era un milagro que aún pudiera tenerse de pie.

Tragó saliva para contener una arcada y se humedeció la cara y el cuello. No estaba en condiciones de nada, pero volver a casa no era una opción. Aún recordaba sus manos sobre ella y su olor envolviéndola como una nube espesa y picante. No podía regresar. De ningún modo iba a regresar.

¡Cabrón hijo de puta! ¡Pedazo de mierda!

Si la gente supiera cómo era él en realidad... pero la única que lo sabía era ella. Y puede que alguna otra idiota confiada que, al igual que ella, había creído que todas aquellas muestras de afecto no eran el asqueroso prelude de un perverso sexual a punto de atacar. ¡Cabrón! Se merecía que alguien le diera una buena patada en su minúsculo pene de mierda. Y su padre era aún peor por no haberla creído. Nunca la creía.

Otra arcada, peor que la anterior, la obligó a agarrarse al lavabo. Necesitaba tumbarse y dormir. Miró en su bolso y comprobó cuánto dinero le quedaba. Apenas cincuenta dólares, pero con eso podía coger una habitación en un motel. Solo necesitaba silencio y una cama decente, y todo desaparecería.

Abandonó el baño y se dirigió a la salida, tratando de pasar inadvertida mientras huía. Miró por encima del hombro la mesa que había estado ocupando y vio que un par de chicas se habían sentado con los soldados. Bien, así ni se darían cuenta de que se había largado sin pagar una sola copa.

Una cara conocida llamó su atención desde la barra. La observaba con atención mientras daba pequeños sorbos a una botella de cerveza, pero no perdió ni un segundo en tratar de averiguar por qué le sonaba.

Salió a la calle dando un traspie. La recibió un soplo de aire frío, invernal, que arrastraba el olor dulce e inconfundible de la Navidad. Solo faltaba un día para que Santa Claus visitara cada hogar cumpliendo deseos. Ojalá cumpliera el de ella y se la llevara muy lejos de allí. Lejos de cualquier parte.

Dio otro traspie y tuvo que apoyarse en la pared del edificio para no caer de bruces.

—¡Dios mío! —murmuró, arrepentida de haber bebido tanto. Con torpeza se quitó los zapatos de tacón y se estremeció al notar la humedad del asfalto en los pies.

—¿Necesitas ayuda?

Cassie dio un respingo y se giró. Un tipo la observaba desde el otro lado de la calle, apoyado en un coche, escondido entre las sombras. Se enderezó sin prisa y se acercó a ella. Todos sus sentidos se pusieron alerta al ver su aspecto. Debía de rondar los treinta. Llevaba ropa de trabajo, el pelo grasiento y los ojos vidriosos. Daba un poco de miedo.

—¿Estás bien? No parece que lo estés —dijo él con voz melosa y tranquilizadora—. ¿Necesitas que te ayude a llamar un taxi o algo?

Cassie se obligó a reaccionar. Un nudo le oprimía la garganta, el extraño presentimiento de que bajo aquella aparente e inocente preocupación había todo lo contrario.

—No, gracias. Estoy bien. Son estos malditos zapatos nuevos. Nada más —respondió, esforzándose en no arrastrar las palabras para parecer serena.

—¿Seguro? Porque yo diría que estás un poquito colocada y, en esas condiciones, no deberías ir por ahí tú sola. Podría ser peligroso —indicó él, y sus ojos chispearon con un brillo extraño.

—Estoy bien. No tiene de qué preocuparse, pero gracias.

Echó a andar y las rodillas le fallaron. Un brazo le rodeó la cintura, sosteniéndola, y el olor a sudor y alcohol le embotó el olfato.

—¡Cuidado, preciosa! —le susurró el tipo al oído—. Vivo aquí cerca, ¿por qué no vienes conmigo y dejas que me ocupe de ti?

—Ya le he dicho que estoy bien —replicó Cassie, a la vez que se sacudía para quitárselo de encima, pero estaba tan achispada que no era capaz de coordinar sus movimientos y acabó apoyada en su pecho.

—Eh, ¿todo bien por aquí?

Cassie intentó volver la cabeza hacia la voz masculina. Aquel cuerpo que la sostenía no se lo permitió.

—Todo bien, tío. Mi amiga se ha pasado un poco con las copas, nada más.

—Ya. No sabía que Jane tenía amigos como tú. ¿Os conocéis hace mucho?

La voz se acercaba y Cassie era incapaz de hablar por las náuseas. El tipo la abrazó con más fuerza.

—Somos muy buenos amigos, así que lárgate.

—Ni siquiera se llama Jane —gruñó el recién llegado—. Quítale tus putas manos de encima. ¡Ahora!

Cassie gimió de alivio, agradecida al notar cómo el hombre aflojaba su agarre; pero no la soltó y el pánico brotó de su garganta con un sonido lastimero. ¿Cómo demonios había acabado así? De acuerdo que no era la persona más sensata del mundo y que solía meterse en problemas a menudo, pero aquel se llevaba todos los premios.

—¿Quién coño te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? Métete en tus asuntos si no quieres tener problemas —replicó el hombre.

—Contaré hasta tres... y como no la sueltes voy a partirte la puta cara contra el suelo. ¿Quieres apostar?

El tipo vaciló y una mueca diabólica apareció en su rostro.

—Podemos compartirla. ¿Qué dices? Esta zorrilla lo está buscando. Mírala.

—Puto enfermo. ¡Estás muerto!

Con el miedo reflejado en el rostro, el hombre soltó a Cassie, se dio la vuelta y se largó de allí con paso rápido. Ella se quedó inmóvil, tan impresionada por lo que podría haber pasado que empezó a temblar sin control. Sintió cómo le cubrían los hombros con una cazadora.

—¿Estás bien?

Cassie alzó la mirada y se encontró con unos ojos negros, enormes y preocupados, clavados en ella. Lo reconoció. Era el camarero que había descubierto su carné falso, el mismo que la observaba desde la barra unos minutos antes. Asintió una vez con la cabeza y después negó con un gemido. Se le doblaron las rodillas y perdió el equilibrio. Todo le daba vueltas, y la cerveza y el tequila que había ingerido parecían empeñados en salir de su cuerpo por donde habían entrado. Unos fuertes brazos la sostuvieron.

—Joder, estás peor de lo que parece. ¿Sueles pillar estos pedos a menudo? Porque esto te jode el cerebro, ¿sabes?

—Voy a vomitar. —Fue lo único que pudo decir antes de que su cuerpo empezara a convulsionarse.

Los espasmos se adueñaron de su estómago y unos calambres horribles la obligaron a doblarse hacia delante. Vomitó sin parar durante una eternidad. Notó vagamente que uno de aquellos brazos la sostenía por

la cintura y el otro le sujetaba el pelo, mientras una voz grave le susurraba que pronto se sentiría mejor.

Cerró los ojos e inspiró. La calle olía fatal. No, era ella la que olía de ese modo tan asqueroso. Sintió vergüenza y trató de apartarse.

—Deja que te ayude. No estás en condiciones de moverte —le pidió él.

—Solo necesito un momento —tartamudeó Cassie. La calle giraba a su alrededor como una peonza. Se apoyó en un coche, sintiendo las piernas demasiado flojas, y se pasó la mano por la frente sudorosa.

—Yo creo que necesitas un médico. Estás pálida y no dejas de temblar. ¿Hay alguien a quien pueda llamar para que venga a buscarte?

—¡No! ¡No hay nadie! —exclamó a la defensiva.

Él la miró con el ceño fruncido. Sabía que le estaba mintiendo.

—Ya. Y... ¿tu casa? Puedo llevarte a tu casa si me dices dónde vives.

—No, tampoco puedo ir a casa. No te preocupes, buscaré un hotel.

El chico soltó un silbido y la miró de arriba abajo, evaluándola como lo haría un policía que trata de decidir hasta qué punto es seguro quitarle las esposas a un detenido.

—¿Tú sola en un hotel? Ni de coña. Mañana la mujer de la limpieza encontrará tu cadáver y yo me sentiré culpable por ello. Venga, dime dónde vives y te llevaré a casa. No soy peligroso. Te lo juro.

Cassie se arrebujó bajo la cazadora. Entonces se percató de que él solo llevaba la fina camiseta con la que lo había visto antes. Sin la barra de por medio, pudo darse cuenta de que era igual de guapo de cintura para abajo que de cintura para arriba. Suspiró y notó que le ardía la garganta con un sabor a bilis espantoso. Tosió.

—No es eso, es que... Mi padre va a matarme si me encuentra así; no hemos tenido un buen día que digamos. Por favor, no puede verme así o acabará encerrándome en algún psiquiátrico o, peor aún, en un correccional.

—¿Un correccional? A lo mejor el que está en peligro soy yo.

Ella arrugó la cara con una mueca de disgusto. Si era una broma, no tenía gracia. Volvió a sentir náuseas y se llevó la mano a la boca.

—En un hotel estaré bien. Solo necesito dormir un poco.

Las rodillas le fallaron y él la atrapó antes de que se desplomara. La atrajo hacia su cuerpo y quedaron pecho contra pecho, cara a cara.

—Vale, pero no voy a llevarte a un hotel. Te vienes conmigo.

—¿Contigo? —inquirió Cassie con desconfianza.

—Sí. Tengo alquilado un apartamento a la vuelta de la esquina. No es gran cosa, pero estarás bien.

Ella empezó a negar al tiempo que trataba de apartarse. Su cuerpo no respondía y le costaba respirar.

—No puedo... No puedo aceptar. Yo no te...

—¿No me conoces de nada? —terminó de decir él—. Es cierto, pero acabas de vomitarme en los zapatos y te he visto echar hasta los higadillos. Eso nos convierte en amigos, en muy buenos amigos, ¿no crees?

Cassie sonrió y se apoyó con ambas manos en sus bíceps para mantener el equilibrio. Su mirada vidriosa apenas podía enfocar su cara.

—Soy inofensivo, te lo juro. Y en cierto modo, me siento responsable. Si antes te hubiera puesto esa cerveza, quizá no habrías acabado aquí —añadió él.

Ella lo miró a los ojos y se perdió en ellos durante un largo segundo. Parecía un buen chico. Había algo en él que invitaba a confiar, que la hacía sentirse segura en su compañía.

—Tú no tienes la culpa de que yo sea imbécil.

—Es verdad. Pero hoy es la noche que suelo rescatar a imbéciles borrachas de las garras de un perverso. Lo hago todos los viernes, es algo así como un segundo trabajo. Ya sabes, Bruce Wayne y Batman, Peter Parker y Spiderman...

Esta vez Cassie soltó una risita.

—Entonces he tenido suerte de que seas tú quien me encuentre.

—No me gusta presumir, pero sí. ¡Y las mallas me quedan de muerte!

—Seguro que se lo dices a... Dios, voy a vomitar otra vez.

Cassie se dobló hacia delante con las manos en el estómago. Un sudor frío le cubrió la piel y los temblores regresaron con mayor intensidad. Estaba segura de que iba a morir allí mismo. Quizá estaba sufriendo un coma etílico. De repente, la idea no le pareció tan mala. Si se desmayaba, al menos dejaría de sentirse tan mal.

Él volvió a sujetarle el pelo y la sostuvo todo el tiempo.

—Me estoy muriendo —gimió entre escalofríos.

—No te estás muriendo, aunque por la mañana querrás estar muerta. Te espera una buena resaca —dijo él en tono divertido—. ¿Crees que serás capaz de andar un poco?

Cassie asintió. Él le metió las manos por las mangas de su cazadora, le rodeó la espalda con un brazo y, sin prisas, la guió por un par de calles.

—Es aquí —dijo mientras metía la llave en la cerradura de una puerta y la empujaba, sosteniéndola para que Cassie pudiera pasar.

Entraron en el apartamento y la ayudó a llegar hasta el sofá. Cassie miró a su alrededor y se encontró con un salón diminuto. No había muchos muebles y estos eran incluso más viejos que el propio edificio. Aun así estaba limpio y ordenado, y olía bien.

—Voy a ver si tengo algo de ropa que pueda servirte —anunció el chico.

Cassie clavó su mirada en él.

—¿Ropa? —¿Acaso quería que se desnudara?

—Sí. Deberías quitarte ese vestido. Está sucio y apesta.

Ella se miró de pies a cabeza y asintió. Tenía razón. En sus medias había restos que no quería imaginar qué podían ser. Volvió a sentir náuseas y cerró los ojos. El tiempo se desvaneció.

—Eh, no puedes dormirte ahora.

Cassie abrió los párpados y pestañeó varias veces. Él continuó:

—He encontrado un pantalón y una sudadera que pueden servirte. Ven, te vendrá bien lavarte un poco.

Ella tomó la mano que le ofrecía y se dejó llevar sin decir una sola palabra. La hizo entrar en un pequeño cuarto de baño. Sobre el lavabo había toallas limpias y el agua de la ducha corría formando una pequeña nube de vapor sobre sus cabezas.

—¿Podrás tú sola?

—Sí, creo que sí.

—Vale. Estaré al otro lado de la puerta. Si me necesitas solo tienes que gritar.

Cassie asintió y le dedicó una sonrisa. Cuando él la dejó sola, se quitó la ropa como pudo y se metió bajo el agua caliente. Minutos después, salió del baño con un chándal gris que le quedaba grande, pero estaba calentito y limpio.

Un dolor profundo le atravesaba los músculos y los huesos, y la cabeza le palpataba. Necesitaba sentarse porque las piernas iban a fallarle en cualquier momento. Una mano grande y suave le rodeó el brazo y un atractivo rostro moreno apareció en su campo de visión.

—¿Mejor?

Cassie notó que su cuerpo cedía bajo la ley de la gravedad. Unos brazos la alzaron y sintió que flotaba. Segundos después descansaba sobre una cama mullida. Alguien la estaba llamando insistentemente y se obligó a abrir los ojos. Su salvador la miraba preocupado desde el borde de la cama.

—Cassandra, tienes que tomarte esto. Después podrás dormir.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo ponía en tu carné falso. A no ser que el nombre también lo sea... —Frunció el ceño con un gesto muy mono—. ¿Lo es?

Cassie negó con la cabeza y una mueca de dolor deformó su rostro, como si miles de agujas le atravesaran el cerebro.

—Me llamo Cassandra, aunque mis amigos me llaman Cassie.

—¿Y yo cómo debo llamarte?

—Te he vomitado encima, llevo puesta tu ropa y estoy en tu cama. Te has ganado el derecho a llamarme como te apetezca.

El chico sonrió y se pasó una mano por la nuca con aspecto cansado.

—Me gusta Cassie —susurró, mirándola fijamente. Después alargó el brazo y cogió de la mesita una taza y un par de analgésicos—. Ten, tómate esto. Por la mañana te sentirás mejor.

—¿Qué es?

—Una infusión de manzanilla con miel y menta. Te relajará el estómago.

Cassie se incorporó sobre la almohada. Luego cogió los analgésicos y se los tragó con un poco de líquido caliente. Se dejó caer y suspiró. Apenas podía mantenerse despierta.

—Todo esto que estás haciendo por mí... No sé cómo agradecerártelo.

—Estamos en Navidad, se supone que debemos ser buenos —dijo él al tiempo que se encogía de hombros—. Ahora duerme y no te preocupes por nada. Estaré ahí mismo, en el sofá. Por si me necesitas.

Le apartó un mechón de pelo de la cara y la arropó con ternura. Cassie lo miró a los ojos y una oleada de calor se extendió por su cuerpo.

Era guapo, atento, divertido y estaba segura de que sería gay, porque era imposible que un chico así fuese tan perfecto y además hetero.

—No vas a asesinarme mientras duermo, ¿verdad?

Él se echó a reír con ganas. Se puso de pie y la contempló desde arriba.

—Solo asesino a rubias guapas de ojos azules los sábados.

—Pero ya estamos a sábado.

—Contigo haré una excepción. —Se encaminó a la puerta, pero se detuvo un segundo antes de salir de la habitación—. Aun así, no mires bajo la cama, por si acaso.

Cassie sonrió y se abrazó a la almohada.

—Eh, ni siquiera sé cómo te llamas.

Él le sostuvo la mirada, con una intensidad que le provocó un hormigueo por toda la piel.

—Eric. Me llamo Eric.

1

*Washington and Lee University.
Lexington, Virginia.
Mayo de 2015.*

Mientras cerraba la última caja, Cassie no podía creer que por fin hubieran llegado las vacaciones de verano. Su segundo año de universidad finiquitado y se sentía como si hubiera sobrevivido a un apocalipsis zombi: destrozada, exhausta y... muerta de hambre. Su estómago llevaba un buen rato protestando, dejándole bien claro que no estaba de acuerdo con la absurda dieta que había iniciado. Ella tampoco lo estaba, pero así era la vida. Tomabas una decisión y después debías sufrir las consecuencias. Funestas en su caso.

Gimió.

Solo podía pensar en comida y más comida; aunque por nada del mundo caería en la tentación. Iba a enfundarse ese maldito vestido, costara lo que costara. Había sido un capricho, lo sabía, pero un capricho de doscientos pavos que había sacado de la cuenta que su padre le había abierto para imprevistos. Papá iba a cabrearse, y mucho, el vestido no había sido el único imprevisto de ese mes. ¡Jodido coche!

La relación con su padre nunca había sido buena y había caído en picado en los últimos años. Él era demasiado estricto y no perdía ninguna ocasión para demostrar lo decepcionado que se sentía con Cassie. Ella era su fracaso, el error que ahora trataba de compensar con sus nuevos hijos, su nueva familia, sus nuevos amigos, su nueva casa... Ya podría comprarse un nuevo planeta y mudarse una temporadita.

Cassie se quedó mirando la funda que colgaba de la puerta del armario. Cada vez que se paraba a pensar en cómo había acabado entrando en aquella tienda, su mente se perdía entre vagos recuerdos.

Había quedado con ese chico tan mono que trabajaba en la cafetería que había cerca de su residencia. Llevaban unas semanas tonteando, con miradas y sonrisas que ambos sabían a dónde conducirían. Cassie se había prometido a sí misma que no habría chicos en su vida mientras durasen las clases. Tenía muy claras sus prioridades. Pero ese día, tras su último examen, había mandado al cuerno la castidad. Necesitaba deshacerse del estrés y de toda esa tensión reprimida que había ido acumulando durante el semestre.

La cita había sido un desastre. Tim, Tom..., o como demonios se llamase, tenía un rostro atractivo y un cuerpo que quitaba el hipo, y hasta ahí llegaban sus cualidades. Cassie había esperado fuegos artificiales y al final ni siquiera habían llegado a su habitación.

El tipo era un cretino, enamorado de sí mismo y bastante cortito, cuya máxima aspiración en la vida era la de ser modelo para «Abercrombie and Fitch.» Y no es que Cassie tuviera un problema con eso, pero necesitaba algo más que un cuerpo seductor. Necesitaba esa reacción química e irracional que provocan dos personas que conectan, y no solo físicamente, sino también a un nivel más mental. Un tío guapo, con una mente bien despierta y una buena dosis de humor ácido, y sus hormonas se revolucionaban sin necesidad de preliminares.

Encontrar un hombre con ese tipo de conexión parecía un reto imposible. Y la culpa la tenían sus malditas expectativas y los dos idiotas que habían colocado el listón demasiado alto para cualquier otro ser humano con pantalones.

A lo largo de su vida, solo se había sentido realmente atraída por dos chicos. Con ese tipo de atracción que licua las entrañas y hace parecer tonta de remate. Como si de repente todo el mundo se moviera a cámara lenta y el primer plano se centrara en el tío cañón que se acerca con actitud sugerente.

Por supuesto, los dos idiotas tenían nombre: Eric y Tyler.

Eric había sido el primer chico por el que Cassie había sentido algo especial. Se había enamorado de él sin remedio. También había sido el primero que le había roto el corazón al marcharse sin ni siquiera despedirse. Él nunca le prometió nada, nunca le dijo que se quedaría, más bien al contrario; pero inconscientemente Cassie siempre había esperado que la antepusiera a su deseo de marcharse de Port Pleasant. Aún

tenía la sensación de que no había superado esa relación y de que Eric continuaba siendo ese fantasma que no la dejaba avanzar. ¡Pero es que lo había querido tanto! Y la herida que le dejó aún dolía casi tres años después.

Con Tyler todo había sido mucho más complicado. La atracción había sido inmediata e innegable, el deseo demoledor, pero eran tan parecidos que chocaban todo el tiempo. Dos imanes atrayéndose y repeliéndose sin descanso. Sus duelos verbales habían sido épicos y sus discusiones catastróficas. Tratar de manejarlo había sido agotador. Además, ninguno de los dos había tenido el valor suficiente para dejarse llevar, intentarlo y ver a dónde los conducía lo que fuera aquello que habían iniciado.

Cassie sabía que se había asustado por todo lo que Tyler le hacía sentir. No estaba preparada para que le volvieran a romper el corazón y un sexto sentido le había dicho que esa vez podría ser mucho peor que la primera. Sin contar con que todavía no se sentía capaz de enfrentarse a la posibilidad de que otro chico ocupara el lugar de Eric. Por todo ello, siempre había mantenido las distancias con Tyler y se había limitado a disfrutar de lo único en lo que siempre estaban de acuerdo, el sexo. ¡Y menudo sexo!

Sin darse cuenta, pensando en todas esas cosas, había acabado abrazada a una tarrina de helado frente al escaparate de una tienda *outlet* de ropa de firma, comiéndose con los ojos un precioso vestido de color gris perla. Estaba segura de haber visto a Mila Kunis con uno igualito a ese.

De repente, toda su vida se centró en la necesidad de poseerlo. Ni siquiera cuando la dependienta intentó explicarle que no tenía uno de su talla porque se trataba del último que le quedaba, cedió en su empeño de hacerse con él.

Y allí estaba ahora, con un vestido de doscientos dólares colgando de una percha y un cuerpo que no había forma de meter en él. Le entraron ganas de llorar.

Miró el reloj y frunció el ceño. Savie llegaba tarde. Comprobó su teléfono por si había algún mensaje que hubiera pasado por alto. Nada desde la tarde anterior. Su amiga tampoco había visto los que ella le había enviado esa misma mañana; y empezaba a preocuparse.

Examinó su mitad de la habitación vacía y suspiró con alivio. No iba a echarla de menos.

Para el próximo curso buscaría un apartamento en el que pudiera vivir sola sin tener que aguantar las manías de una compañera histérica, ni las duchas comunes, ni la lista infinita de normas que siempre olvidaba cumplir. ¿Problemas con la autoridad? Pues sí, siempre los había tenido. Era la consecuencia de una infancia en la que había tenido que pedir permiso hasta para respirar. Incluso ese acto reflejo lo hacía mal a ojos de su padre.

Volvió a mirar el reloj y resopló al comprobar que ya eran las cuatro. No estaba acostumbrada a depender de los demás, pero no le quedaba más remedio desde que una furgoneta de reparto se había empotrado contra su precioso Toyota tras saltarse un *stop*. Siniestro total.

Marcó el número de Savie y se sentó en la cama.

—¡Hola! —contestó Savannah poco después.

—¿Dónde estás?

—¿Que dónde estoy?

Cassie se llevó una mano a la frente, negándose a considerar la idea que se abría paso en su cabeza. No podía hacerle algo así.

—Dijiste que estarías aquí sobre las tres y media.

A través de la línea se oyó un gemido y un ruidito ahogado.

—¡Ay, Dios! No me digas que olvidé decirte que no podría ir yo a recogerte.

«La mato. Esta vez la mato», pensó Cassie.

—Te aseguro que si me lo hubieras dicho... no estaría esperándote —le soltó enfurruñada—. ¿Qué es eso de que no puedes venir *tú* a recogerme?

—Lo siento. Lo siento mucho. Te juro que quería ir —empezó a justificarse Savannah—. Si supieras cuánto necesito esas horas contigo. Pero mi madre se volvió loca de remate en cuanto le dije que Caleb me había pedido que me casara con él, y se ha puesto a organizar no sé qué fiesta para un anuncio oficial de compromiso. ¡Oficial! ¿Qué demonios es un anuncio oficial de compromiso? Solo llevo aquí cuatro días y lo único que quiero es que alguien me mate. Para colmo ha concertado una cita con un fotógrafo. Quiere una foto de familia que irá impresa en

las invitaciones y no he podido decirle que no... Soy su única hija y no deja de llorar. ¡Llora por todo, Cass!

Cassie puso los ojos en blanco y se masajeó las sienes. Comenzaba a dolerle la cabeza.

—Vale, me has dejado tirada porque no has podido decirle no a la histérica de tu madre, pero ¿qué pasa conmigo? ¿Cómo demonios esperas que vuelva a casa ahora? Tengo... tengo la habitación llena de maletas y cajas.

Al otro lado del teléfono solo se oían pasos, ruidos y muchas voces. De repente, una muy conocida se impuso a las demás.

—Ni de coña pienso ponerme esa ropa. Si tu madre cree que voy a vestirme de nenaza, es que aún no me conoce.

—Vamos, cariño, solo es un jersey.

—Es un polo, Sav, un jodido polo rosa. ¡Me largo!

Cassie soltó una risita, no pudo evitarlo. La última vez que había visto a Caleb lo había notado muy cambiado. Parecía mucho más tranquilo y feliz, y transmitía una sensación de paz que nunca antes había tenido; pero era como era y lo conocía lo bastante para saber que había cosas en un chico como él que nunca cambiarían.

—¿Te largas? ¡Caleb, no puedes largarte! —exclamó Savannah.

—¿Que no? Mira cómo muevo el culo hasta la puerta.

—Caleb, por favor.

—Paso de todo esto, princesa. Y ese fotógrafo es gilipollas. Ha insinuado que debería esconder mis tatuajes. ¿Qué coño les pasa a mis tatuajes?

—Nada, tus tatuajes son perfectos. Pero piensa en mi madre; se va a llevar un disgusto.

—Tu madre está loca.

—Caleb... hazlo por mí.

—¿Y si nos largamos a Las Vegas ahora mismo?

—No puedo hacer eso y lo sabes.

—Me voy.

—Oye, Savie, entiendo que estés agobiada. Pero ¿qué pasa conmigo? —preguntó Cassie.

Oyó a su amiga maldecir con una sarta de palabrotas que no le había oído nunca.

—Como pongas un pie fuera de esta casa... Caleb... Caleb, lo digo en serio. Me prometiste que ibas a ser bueno —gimoteó.

—¡Savie! —insistió Cassie. Empezaba a desesperarse.

—Dios, es el hombre más cabezota del mundo.

—¡Savie!

—Eh, sí, perdona. No te preocupes, está solucionado. Ya debería estar allí, qué raro...

—¿Quién debería estar aquí?

—Caleb le pidió a uno de los chicos que fuera a buscarte. Creo que a Matt. ¿Te acuerdas de él?

—Sí. El pintor... ¿no? ¡Mierda, seis horas en un coche con un tío al que apenas conozco! Mi personalidad asocial va a disfrutar de la experiencia.

—Tú no eres asocial, solo un poco... tú. Es un buen chico, Cassie. Ya verás como no es tan malo.

—Ya, supongo que podría ser mucho peor.

Savannah se echó a reír.

—No seas tan negativa. Esta noche estarás aquí y será como en los viejos tiempos.

Cassie sonrió. Necesitaba creer que sería así. Nunca había sido una persona dependiente, más bien al contrario. Siempre había sido una mujer poco dada a establecer fuertes vínculos, a necesitar a los demás, pero con Savannah la cosa cambiaba. Ella era el ancla que evitaba que acabara yendo a la deriva, la voz de su conciencia; y esa vocecita que siempre sabía qué decir para que todo pareciera un poco mejor.

—¿Me lo prometes? —susurró.

—Te lo prometo —aseguró Savannah—. Porque estoy a punto de asesinar a Caleb y solo quedaremos tú y yo.

Cassie soltó una risotada.

—Sí, seguro, ¿y cómo piensas matarlo? ¿A polvos?

—Es una forma de morir tan buena como otra —replicó Savannah entre risas.

—No le digas eso a alguien que no ha estado con un chico en meses —gimoteó Cassie.

Savannah soltó una carcajada.

—Pues a lo mejor te alegra saber que Lincoln está en Port Pleasant. Ha venido a visitar a sus padres. Lo vi ayer y... ¡Ha mejorado mucho!

—Oh, no, no intentes hacer de casamentera conmigo. Me basto solita para encontrar un hombre.

—Tienes un gusto pésimo para los hombres.

—De eso nada. Dime uno que no te haya dado ganas de comértelo enterito.

—No me refiero a eso y lo sabes —repuso Savie.

—No puedo evitarlo, me encantan los chicos malos...

—Y alguien tiene que redimirlos. Ya me sé la historia. Y por eso sigues sola.

—Eres cruel —replicó Cassie, indignada—. Además, no deberías decir eso cuando tú tienes a tu propio redimido.

Savannah soltó un gruñido.

—¡Redimido! Ya me gustaría. Caleb no tiene arreglo... Pero es mi chico malo y me encanta —ronroneó con voz sugerente.

—¡Eso, restriégamelo! ¿Y tú eres mi amiga?

—¡Savannah, Savannah!

—Oye, Cassie, tengo que dejarte o mi madre acabará explotando. Llámame en cuanto llegues, ¿vale?

—Vale.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Cassie colgó y se quedó mirando su teléfono. Adoraba a Savannah, si bien lograba sacarla de sus casillas por cosas como aquella. Su amiga se había instalado en Vancouver con Caleb y ya llevaban seis meses viviendo juntos. La echaba de menos. La última vez que se habían visto había sido durante las vacaciones de Navidad en Port Pleasant. Entre comidas y cenas familiares, apenas pudieron pasar tiempo juntas, y este viaje de regreso era su esperado reencuentro.

Llegados a ese punto, tenía dos opciones: recrearse en todos los aspectos negativos de la situación en la que se encontraba, o respirar hondo y tratar de tomársela del mejor modo posible. Optó por la segunda.

Seis horas en un coche, con un tipo al que solo había visto un par de veces, no tenía por qué ser algo malo. Recordaba a Matt, un chico simpático y atractivo con pinta de ser un buen tío. Le gustaba el arte y, por lo que recordaba, tenía una beca completa para una de las mejores escuelas del país. A ella también le gustaba el arte. Había crecido entre

pinturas y esculturas, ya que su madre se había licenciado en Bellas Artes y trabajaba en la única galería de Port Pleasant. Podrían hablar sobre ese tema.

Alguien llamó a la puerta. Debía de ser Matt. Cassie abrió sin apenas levantar la vista del suelo, murmurando un saludo, y se dio la vuelta para comenzar a recoger. Estaba deseando largarse de allí.

Señaló las cajas que había en el suelo.

—Si no te importa, coge primero esas. Cuidado con aquella, la que está bajo la ventana, es la que más pesa y contiene objetos de cristal —explicó mientras cerraba una de las maletas que tenía sobre la cama.

Al ver que no recibía contestación, se giró hacia la puerta.

Se quedó de piedra. Parpadeó perpleja y notó cómo se ruborizaba; y ella no se ruborizaba nunca. El tipo que la miraba desde el umbral, con las manos apoyadas en la parte superior de la jamba, no era Matt. ¡Y ojalá lo hubiera sido!

Cassie no estaba preparada para el vuelco que le dio el corazón y tardó un largo segundo en recuperarse. Segundo que sus ojos aprovecharon para mirarlo de arriba abajo. Habían pasado exactamente veintitún meses desde la última vez que lo había visto, y había cambiado. Había cambiado mucho. Ya no vestía con esa ropa holgada y oscura tras la que siempre había parecido esconderse. Los aros de sus orejas habían desaparecido, también el que llevaba en el labio, y su cara... Su cara estaba diseñada para que a las chicas se les cayera la baba cuando sonreía como lo estaba haciendo en ese momento.

—¡Vaya, pero mira quién es! Hola, Fracasado.

Tyler le sostuvo la mirada mientras deslizaba la lengua por su labio inferior. Sus ojos, verdes e intensos, la observaron divertidos al tiempo que ladeaba la cabeza con un gesto travieso.

—No seas tímida. Ya te dije que tú podías llamarme *mi amo*.

En el rostro de Cassie se pintó una adorable media sonrisa. Se fijó en él con más detenimiento. Vestía unos tejanos azules, una camisa blanca con las mangas dobladas hasta los codos y unas zapatillas también blancas. Nada más salvo una discreta pulsera de cuero y un anillo en la mano derecha.

¿Se habría comprometido? Eso sí que sería toda una sorpresa. Tragó saliva y notó un pellizco de inquietud en el estómago. ¿Le había

molestado? ¡No! Sería algo absurdo después de tanto tiempo, sobre todo cuando entre ellos solo había existido un rollo de verano; incluso llamarlo rollo era exagerar. Se habían acostado, unas cuantas veces, nada más.

Lo miró fijamente a los ojos y entonces recordó por qué se había sentido tan atraída por él en el pasado. Tyler era un capullo egocéntrico, con mal genio y una arrogancia a prueba de bombas. Pero tenía los ojos más bonitos que había visto nunca, siempre iluminados por un brillo inteligente y despierto que anunciaban lo que escondía su cabeza. Era un tipo listo, rápido y perspicaz, y eso le gustaba. Y también le gustaba la parte que sostenía esa cabecita suya.

Se fijó en los tatuajes de sus brazos. Tenía un par nuevos y unas alas asomaban a través de la camisa entreabierta. Cassie no entendía esa necesidad de decorarse el cuerpo de una forma tan permanente. Ella jamás se había planteado marcar su piel de ese modo, pero no podía negar que le resultaba atractivo ver esos dibujos en un cuerpo masculino.

—Sigue soñando, Ty —le soltó con una mueca burlona—. ¿Qué ha pasado con Matt? Savie acaba de decirme que él vendría a buscarme.

Tyler se encogió de hombros y entró en la habitación, mirando a su alrededor mientras examinaba el cuarto.

—Anoche le surgió algo y yo tenía el día libre.

—¿Y te has ofrecido sin más? Me cuesta creerlo. ¿Cuánto me va a costar el favor?

Tyler la contempló sin poder borrar la sonrisa de su boca. La noche anterior, cuando Caleb lo llamó para pedirle que fuese hasta Lexington a buscar a Cassie, su primera reacción fue negarse. Fue instintivo y el «no» salió de su boca sin pensar. No tenía nada en contra de la chica. De hecho, no habían tenido ningún mal rollo, simplemente habían dejado de quedar y cada uno siguió su camino. Más tarde, en casa, no había podido quitársela de la cabeza, y la idea de volver a verla se le metió entre ceja y ceja.

Y allí estaba, mirando embobado a la única tía que había logrado sacarlo de sus casillas hasta hacerlo parecer un psicópata. Jamás había sentido nada parecido por una chica como lo que había sentido por ella. Había llegado a gustarle mucho, tanto como no la soportaba. Y es que

no la aguantaba. Era quisquillosa, responzona, tenía mala leche y no se callaba nunca. Sabía qué teclas pulsar para sacarlo de quicio sin tener que esforzarse mucho. Pero estaba buena a rabiar.

Inclinó la cabeza y la observó de arriba abajo. Llevaba una camiseta de tirantes azul y una minifalda vaquera con unas zapatillas de lona. Su pelo, recogido en una trenza, colgaba por su hombro. Ni una pizca de maquillaje que ocultara sus pecas.

—¿Sabes? Me duele que pienses esas cosas sobre mí —replicó ofendido. La sonrisa que dibujaban sus labios lo desmentía—. Me conformaré con que pagues la gasolina. Intento ahorrar algo de pasta para la hipoteca.

Cassie lo miró por encima del hombro y sus ojos volaron hasta el anillo que llevaba en el dedo.

—¿Te has comprado una casa?

—Sí. Ahora soy propietario. Y responsable.

—Vaya. Has sentado la cabeza. No parecías de esos chicos.

—¿Qué chicos? —inquirió él con recelo.

—De los que se comprometen, compran una casa y se casan...

—Eh, frena un poco. ¿Te digo que me he comprado una casa y ya me has puesto a cambiar pañales?

—He visto el anillo, has mencionado la hipoteca y he supuesto...

—Ya. Has supuesto que me habían echado el lazo. Pues no, el anillo es solo un regalo y la casa... Tengo veintitrés años y quiero vivir solo, desayunar desnudo y echar un polvo cuando me dé la gana. Es la evolución natural de un hombre.

Cassie sonrió.

—¿Evolución natural? —Sacudió la cabeza y pasó por alto su talante de macho alfa. Había chicas que se derretían con esa actitud, pero a ella no le ponía toda esa demostración de testosterona. Bueno, puede que solo un poquito—. Así que no hay novia, ni prometida, ni esposa.

Tyler alzó una ceja con gesto socarrón.

—Pareces muy interesada en el tema.

Ella le sacó la lengua.

—Oh, sí, muy interesada. He visto a las mujeres con las que te mueves. Solo quiero asegurarme de que al llegar a Port Pleasant no habrá ninguna chica celosa con ganas de arañarme.

A Tyler le costó no echarse a reír con ganas. Había olvidado ese tono de sobrada que usaba y también la forma en la que sus labios perfectos se fruncían.

—Si no me falla la memoria, la única gatita con ganas de arañar eres tú. Creo que aún conservo en la espalda la prueba que lo demuestra. ¿Quieres verla?

Una cascada de recuerdos desbordaron la mente de Cassie: Tyler sosteniéndola contra la pared de aquel cuartucho, su boca y sus manos por todo su cuerpo, y ella había perdido la cabeza por completo. Y sí, esa noche le había marcado la espalda.

Respiró hondo, intentando controlar el ritmo de los latidos de su corazón.

—En primer lugar, no me llames gatita, no soporto que un tío me llame así. Y en segundo lugar, me alegra ser ese recuerdo que algún día, cuando mires atrás, hará que tu vida haya merecido la pena.

Tyler se frotó la nuca y se acercó a ella.

—Sigues siendo una creída de cojones, encanto —soltó sin cortarse.

—¡No me llames encanto! —Le dio un ligero empujón en el pecho—. Ni gatita, ni nena, ni cualquier otra cosa estúpida que se te pase por la cabeza.

—Vale... rubita.

Cassie puso los ojos en blanco.

—¿Te das cuenta de lo infantil que eres? Los niños son monos hasta los siete años, después dejan de tener gracia. ¡Madura! —Le dedicó una sonrisa condescendiente cargada de falsedad.

—Y tú deberías sacarte ese palo que te has tragado, listilla.

—¿Para ser una pringada como tú?

Él alzó las cejas y sus ojos destellaron un momento.

—Voy a pasártelo por alto.

—¿Porque tengo razón?

—Porque recuerdo cómo acabábamos siempre que discutíamos: en posición horizontal, y entonces te parecía bastante mono. —Levantó la mirada, que en algún momento había descendido hasta su escote, y clavó sus ojos en los de ella—. ¿Quieres discutir conmigo, encanto?

La boca de Cassie se abrió perpleja. Hizo un ruidito de desdén y le dio la espalda como si dedicarle su atención le supusiera un esfuerzo que no merecía la pena.

Tyler la miró de reojo y reparó en lo tierna e inocente que parecía con su pelo tan rubio y esos rasgos tan dulces. Enarcó las cejas, recordándose que todo aquello solo era la máscara tras la que se escondía una mantis religiosa capaz de comerse su corazón.

—Este sitio no está mal —comentó él mientras le echaba un vistazo a la cama y al armario entreabierto.

—Es un asco —replicó Cassie con tranquilidad, como si hasta un par de segundos antes no hubieran estado molestándose como dos críos—. El próximo curso pasaré de residencias. Voy a instalarme en un apartamento para mí solita y así no tendré que aguantar a nadie.

—O nadie a ti —bromeó Tyler con una sonrisa de oreja a oreja.

No podía evitarlo. Picarla era algo que le salía sin pensar, como si tuviera un resorte que saltaba cada vez que ella abría la boca. La miró de reojo y la pilló dedicándole una mirada asesina. No pudo aguantarse y se echó a reír con ganas. Ella le golpeó el hombro y sus carcajadas subieron de volumen. Estuvo a punto de echársela sobre el hombro y darle una palmada en el trasero. De repente se moría por hacer algo así.

—¡Eres un idiota! —exclamó Cassie y volvió a golpearlo con el puño en el brazo—. ¿Es que no has madurado ni un poquito en todo este tiempo?

—He madurado muchísimo, te lo aseguro. —Se mordió el labio y entornó los párpados. Sus ojos se convirtieron en dos rendijas que no lograron ocultar la malicia que brillaba en ellos—. También he aprendido algunas cosas nuevas. ¿Quieres que te las enseñe?

—Tanto como que me salga un sarpullido —replicó ella al tiempo que cogía la maleta y se la estampaba en el pecho con todas sus fuerzas.

Tyler arrugó los labios con una mueca de dolor. Ella añadió:

—¿Por qué no vamos sacando todo esto de aquí? Cuanto antes nos vayamos, antes podré encerrarme en un coche contigo durante seis horas. Se cumplirá mi mayor fantasía. ¡Qué emoción! —exclamó con ironía.

Él sacudió la cabeza y sonrió con picardía.

—¡Dios, estás loca por mí!

Cassie soltó una carcajada. Sus ojos brillaron mientras le sostenía la mirada.

—¡Oh, sí, no imaginas cuánto! Ni siquiera sé cómo estoy logrando contenerme ahora. —Gimió de forma exagerada y deslizó las manos por sus caderas—. ¡Ty, por favor! ¡Recuérdame qué se siente al ser mujer!

Esta vez fue Tyler el que se ruborizó. Su respiración se aceleró al ritmo que los latidos de su corazón. Pese a saber que le estaba tomando el pelo, cada palabra se había convertido en un dardo directo a su entrepierna. Una sonrisa lenta se dibujó en su boca y se humedeció el labio inferior con la lengua.

—¡Joder, no has cambiado ni un poquito!

Cassie bajó la mirada a sus pies y después la alzó muy despacio con un gesto coqueto.

—Y por lo que veo, tú tampoco. —Cogió su bolso de encima de la cama y se lo colgó con una actitud resuelta—. Anda, sé buen chico y ayúdame con mis cosas.

2

Cassie siguió a Tyler fuera de la habitación. Inspiró hondo y trató de volver a respirar con normalidad mientras se dirigían al aparcamiento, donde él había dejado su camioneta.

No entendía por qué se había puesto tan nerviosa. Quizá sí, pero eso no hacía que se sintiera menos estúpida. Ver de nuevo a Tyler había provocado un terremoto en su interior. El corazón le latía deprisa y notaba la boca seca. El ligero temblor de sus manos era otro claro síntoma de que algo no andaba bien.

Él se había convertido en un fantasma del pasado, en un recuerdo sexy, en el protagonista de un verano que nunca olvidaría. Y, en los últimos meses, cuando por algún motivo pensaba en él, ya no se alteraba. Pero, de repente, toda esa calma había desaparecido y todos esos recuerdos se habían convertido en un maremoto de emociones que no la dejaban pensar con claridad. Diez minutos ocupando el mismo espacio y ya la había vuelto loca. Desde luego, al chico había que reconocerle que no había perdido ni un solo ápice de su atractivo. ¡Dios, estaba guapísimo! Y continuaba siendo el mismo cretino arrogante que la sacaba de quicio sin necesidad de abrir la boca.

¡Menudo tarado! Aunque un tarado con un culo muy bonito.

Caminaba tras él y lo pilló mirándola por encima del hombro. Sonrió sin darse cuenta y sin tener muy claro si el cosquilleo que sentía por todo el cuerpo se debía a las ganas de abofetearlo o a la forma en la que se movía al caminar. Tan masculina, tan segura, tan atractiva. Espalda ancha, caderas estrechas y una definición muscular evidente bajo la ropa. Y desnudo era aún más impresionante.

Frunció el ceño, castigándose mentalmente por pensar así. Seguro que todo era culpa de sus hormonas revolucionadas. ¿Tendría fiebre? Porque eso podría explicar que su mente desvariara de ese modo.

—¡Eh, Cassie! —Se volvió y vio a una de sus compañeras de residencia corriendo hacia ella—. Iba a tu cuarto a buscarte. Vengo de administración. Quieren que pases por allí antes de marcharte. Por lo visto tienes que firmar no sé qué cosa.

—Gracias. Enseguida voy —dijo Cassie.

—De nada. Espero que pases unas buenas vacaciones. Nos vemos pronto.

—Claro, nos vemos. Cuídate.

Cassie se dio la vuelta buscando a Tyler y a punto estuvo de darse de bruces con él.

—¡Dios!, ¿siempre te pegas tanto a la gente? —Él soltó una risita burlona y se la quedó mirando. Ella añadió—: Tengo... tengo que ir a administración. ¿Te importa seguir sin mí? No tardaré mucho.

Tyler no contestó y se limitó a inclinarse para que ella pudiera poner la maleta que cargaba sobre la caja que él sostenía.

—Vale. Vuelvo enseguida —le aseguró antes de salir corriendo en dirección contraria.

Al final tardó un poco más de lo que esperaba y, cuando regresó a su habitación, se la encontró vacía. Ni rastro de sus cosas ni tampoco de Tyler. Se asomó al armario entrecerrado. El vestido no estaba allí y se le encogió el estómago. Si lo estropeaba, aunque solo fuese un poquito...

Inspiró hondo y salió del cuarto cerrando la puerta tras ella. Con paso rápido se encaminó al aparcamiento, repleto de estudiantes que cargaban sus coches para volver a casa.

No le costó dar con él. Su mirada se vio atraída hacia la cabeza rubia que sobresalía por encima del techo de una camioneta gris metalizada. Tyler se encontraba en la parte de atrás, donde ya había cargado todas sus cosas, con el torso al aire y la funda del vestido colgando por su espalda. A su alrededor había un grupo de chicas embelesadas con su sonrisa más encantadora. Destilaba atractivo y rebeldía con su pelo revuelto y el pecho y los brazos tatuados.

Una de las chicas, una morena de curvas marcadas, estaba anotando algo en un cuaderno. Después arrancó la hoja y se la entregó a Tyler con una sonrisa en los labios con la que pretendía parecer sexy. Sin cortarse

lo más mínimo, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla, a lo que Tyler respondió con un gruñido y una caída de ojos de lo más sugerente. Ella le golpeó el hombro juguetonamente. Él dijo algo y todo el grupito se echó a reír.

«¡Mojabragas!», pensó Cassie.

Suspiró al verlo pavoneándose y no pudo evitar fijarse en él con más detenimiento. Estaba bueno, de eso no había duda, hasta el punto de hacer que aquellas chicas se comportaran de forma estúpida. ¿Acaso no tenían un poco de dignidad? ¿Y él? ¿Cómo demonios lo hacía? No llevaba allí ni media hora y ya las tenía comiendo de su mano.

Tyler levantó la vista y clavó sus ojos en Cassie. Sus miradas se cruzaron y la de ella se entornó al tiempo que evaluaba a las chicas que estaban a su alrededor. Una sonrisa bailó en sus labios al verla enseñar un dedo a un tipo que estaba dando marcha atrás con un todoterreno. La sonrisa se desvaneció de su cara cuando sus ojos descendieron a la longitud de sus piernas. Preciosas.

Emilie, Amelie o como demonios se llamase la morena, continuaba hablando, pero él había dejado de prestar atención y su voz solo era un ruido más en el ambiente. La rubia era mucho más interesante... y divertida. Y si le acercabas la mano demasiado, podía morderte. Pero bien sabía que merecía la pena correr el riesgo.

—Ya he terminado. Podemos irnos —dijo Cassie en cuanto llegó a la camioneta. De un tirón le quitó a Tyler la funda del vestido.

—¡Eh! —protestó él. Casi le arranca un dedo.

La chica morena observó a Cassie de arriba abajo y sus cejas se unieron con toda su atención puesta de nuevo en Tyler.

—¿Es tu novia? —preguntó con suspicacia.

Haciendo una mueca, Tyler sacudió la cabeza.

—¿Ella? ¡Joder, no!

La chica sonrió y se mordió el labio inferior, ignorando por completo el ruidito de exasperación que soltó Cassie.

—Entonces, ¿me llamarás? Seguro que podemos pasarlo bien. —Le guiñó un ojo e inspiró hondo, de modo que sus pechos emergieron como dos globos en su escote.

La mirada de Tyler bajó hasta su canalillo.

—Seguro que sí —replicó.

Su sonrisa reapareció y un pequeño hoyuelo adornó su mejilla derecha. Embutió las manos en los bolsillos de sus tejanos, y su torso y sus brazos se movieron evidenciando lo que ya se podía ver sin ningún problema. Tenía un cuerpo de escándalo, lo sabía y no se cortaba en aprovecharse de ello. Se enderezó y sus ojos verdes subieron lentamente hasta la cara de la chica, dejando un rastro de calor a su paso.

—Ya tengo algunas ideas que seguro te van a gustar —añadió él.

—¿Ah, sí? ¿Y no podrías darme alguna pista? —ronroneó la morena.

Tyler se inclinó hacia la chica sin hacer caso del coro de risitas de sus amigas y acercó la boca a su oído.

Cassie lo miró atónita. ¿De verdad se lo iba a montar allí mismo? Perdió la paciencia y sin ningún miramiento lo agarró del bolsillo trasero de sus pantalones y lo apartó de un tirón. Le quitó de la mano el trozo de papel con el número de teléfono garabateado y se lo estampó a la chica en medio de su escote.

—Pero ¿qué haces? —le espetó ella.

—Evitar que te sigas poniendo en ridículo —masculló Cassie—. ¿De verdad crees que va a llamarte? No lo hará porque, en cuanto llegue a casa, otra ingenua se cruzará en su camino y se olvidará de ti. Ni siquiera recordará quién le ha dado ese número. ¡Vamos, seguro que ni se acuerda de cómo te llamas!

Se dio la vuelta y miró a Tyler, que parecía divertido con la reacción de Cassie. Él puso cara de póquer.

—¿Emilie?

—¡Elise! —exclamó la morena, ofendida.

—¿Lo ves? —inquirió Cassie—. Es idiota.

—¡Eh! —protestó Tyler.

Elise se dio la vuelta y se alejó de ellos con la actitud más digna que pudo aparentar, seguida por sus amigas.

—¿Por qué cojones has hecho eso? —preguntó Tyler con cara de pocos amigos.

Cassie suspiró y alzó los ojos hacia él.

—¡Te conozco! Te encanta jugar y llamar la atención.

—No es cierto —repuso Tyler con una mueca de desdén.

—No pensabas llamarla y la pobre se habría pasado toda la semana mirando su teléfono hasta darse cuenta de que no ocurriría. Además, quiero irme y no tengo ganas de esperar a que desatasques tu lengua de su oreja.

Tyler se pasó los dientes por el labio inferior para no echarse a reír.

—Venga, no tienes que disimular conmigo. Admite que te has puesto celosa y ya está.

—¡¿Que yo estoy celosa?! —Se llevó la mano a la boca para contener el grito, pero ya era tarde. Un chico que pasaba los observó con curiosidad. Cassie resopló—. Pobrecito, si creer eso te hace feliz, no seré yo quien rompa tus ilusiones.

Tyler se inclinó sobre ella. Le sacaba una cabeza y tuvo que bajar la barbilla para ponerse a su altura. Contuvo el aliento. Estaban muy cerca y sus caras se encontraban a escasos centímetros de distancia.

—Me quieres solo para ti, ¿eh? —susurró con ardor.

Una pequeña llama se estaba encendiendo en su pecho y se sorprendió al darse cuenta de que había echado de menos aquellos piques. Cassie le sostuvo la mirada.

—Tanto como que me devore una pitón y tener que pasarme en su estómago seis meses hasta que me digiera por completo. O peor aún, que tenga que comérmela yo —espetó ella con suficiencia.

Los ojos de Tyler se abrieron exageradamente y una sonrisita socarrona se dibujó en su cara. Y Cassie pudo ver en su expresión a dónde había llegado su cerebro pervertido.

—No lo digas —suplicó, muerta de vergüenza—. No lo digas, por favor. No lo digas.

—Vamos, me lo has puesto a huevo.

—Cállate.

—Una pitón no, pero...

—¡¿Quieres callarte, idiota?! —

Lo apartó a un lado. Abrió la puerta de atrás de la camioneta y colocó el vestido lo mejor que pudo. Lo cambió de posición varias veces, buscando la mejor forma de que no se arrugara.

Tyler la observó, sin entender por qué se estaba comportando como una maniática obsesiva con aquella funda de plástico. Dejó de prestar atención a la parte superior de su cuerpo y se fijó en la inferior, en con-

creto en sus caderas. En aquella posición inclinada, su trasero, enfundado en la ajustada falda, se contoneaba de un modo delicioso. Su sonrisa se volvió mucho más amplia y se acercó por detrás.

—¿Necesitas ayuda con eso? —preguntó inocentemente al tiempo que pegaba sus caderas a las de ella, como si se tratara de un roce accidental.

Cassie se enderezó de golpe y a punto estuvo de fracturarse el cráneo contra la puerta. Se giró y lo miró a los ojos.

—¿Acabas de tocarme el culo?

—No a propósito. Y no con las manos —se excusó Tyler muy serio. Una sonrisilla le apareció en la cara y alzó los brazos con un gesto de paz.

Cassie se lo quedó mirando y se le aceleró el corazón. Esos ojos de pestañas imposibles estaban clavados en ella de un modo que le cortó el aliento. Reconocía esa mirada y la sintió en varias partes del cuerpo. Notó que empezaba a sonreír y trató de evitarlo. ¡Madre mía, no podía caer, otra vez no! Tyler no era una buena idea, nunca lo había sido. Apoyó una mano en su pecho desnudo e intentó que se hiciera a un lado. Él no se movió. Sus ojos quedaron a la altura del nuevo tatuaje que le cruzaba el pecho: las alas extendidas de un ángel flanqueaban las palabras «sin alma». ¿Por qué demonios se había hecho algo así? Era demasiado oscuro y dramático.

—¿Te he dicho que estás mucho más guapa de lo que recordaba? Y te recordaba muy guapa —dijo él, rescatándola de sus pensamientos.

Cassie se quedó inmóvil, con la mano aún sobre su piel caliente. Su pregunta la había pillado por sorpresa. El tono de su voz, dulce y suave, la había tocado como una caricia e hizo que su respiración se detuviera. El maldito engreído era bueno, condenadamente bueno.

—No —respondió sin más.

—Pues estás preciosa —murmuró él a la vez que le apartaba con un dedo un mechón de pelo de la frente.

A Cassie se le escapó una sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué? ¿No eres preciosa? A mí me pareces una diosa griega.

—No te has reformado ni un poquito, ¿verdad?

—Te gustaba así.

—De eso hace ya casi dos años, Ty.

La expresión de Tyler cambió, pasó de maliciosa a dulce en un instante. Sin darse cuenta se estaba derritiendo bajo la mirada azul de Cassie.

—¡Dios, lo había olvidado! Cómo suena mi nombre cuando tú lo pronuncias.

Cassie se quedó sin aliento mientras su corazón le golpeaba las costillas con fuerza. Se le iba a salir del pecho. No tenía ni idea de por qué sentía ese nudo tan apretado en el estómago. Quizá porque el chico que tenía delante en ese momento era el Tyler encantador, dulce y divertido que había empezado a conocer y que tanto miedo le había dado, por el que había salido huyendo sin mirar atrás. El tipo borde, el capullo, era más fácil de manejar.

Poco a poco su corazón recuperó el ritmo. No iba a entrar en ese juego y esperaba que él lo dejara, porque seis horas juntos en un coche podrían convertirse en un infierno; puede que dulce, pero un infierno al fin y al cabo.

—¿Nos vamos? —Lo empujó con la mano y esta vez logró que se apartara—. Y ponte la camisa —le espetó mientras rodeaba la camioneta hacia el lado del copiloto.

Tyler dejó caer la cabeza hacia atrás y una risa silenciosa lo sacudió. Cogió la camisa, que había dejado sobre el techo, y se la puso. Entró en la camioneta y se acomodó en el asiento al tiempo que metía la llave en el contacto y la giraba. Miró a Cassie de reojo y sonrió satisfecho.

—¿Lista?

—Seis horas. —Suspiró ella. Asintió con la cabeza sin apartar la vista del parabrisas—. Pan comido.

Próximo destino... «¡Hogar, dulce hogar!», pensó con sarcasmo.